

Capítulo 182 - Estoy tan cachonda...

Habían pasado dos semanas desde que Vergil acompañó a su madre al colosal coliseo construido en la montaña que había partido en dos durante su entrenamiento con Zafiro. La imponente y grandiosa estructura era ahora el escenario de algo mucho mayor: la reconstrucción completa de la esencia misma de Vergil.

"Sin duda... superaste todas mis expectativas", admitió Felicia, secándose el sudor de la frente mientras jadeaba. Incluso con todo su poder y experiencia, estaba agotada.

Cuando decidió forjar un nuevo instinto para Vergil, Felicia sabía que sería una tarea difícil, pero nunca imaginó que sería tan... peculiar.

Ella estructuró el entrenamiento en dos capas distintas: defensiva y ofensiva, cada una de las cuales cumple una función esencial en el proceso de transformación.

La capa defensiva se centraba en comprender y controlar el cuerpo de Vergil. No se trataba solo de evitar daños; se trataba de crear un sensor de peligro natural, una habilidad que le permitiera moverse con puro instinto, luchando con fluidez e intuición, sin exponerse innecesariamente.

El mayor desafío, sin embargo, era algo exclusivo de Vergil: el hecho de que su cuerpo y alma fueran una sola entidad. Si bien era una ventaja sin precedentes, también conllevaba riesgos inconmensurables. El control





absoluto de su cuerpo era crucial para evitar que su energía, que parecía infinita, se convirtiera en una fuerza destructiva sin propósito.

Felicia enfatizó que la defensa de Vergil no debía ser pasiva, sino adaptativa. Cada golpe que recibía debía ser absorbido y devuelto, transformando la energía del impacto en fuerza aprovechable. Era una comprensión profunda e instintiva de cada célula, músculo y fibra de su cuerpo: la capacidad de adaptarse en tiempo real a cualquier amenaza.

"Sin control, incluso el poder más devastador es inútil", repetía sin cesar durante el entrenamiento, poniendo a prueba sus límites con ataques despiadados.

Si la defensa era la base, el ataque sería la espada. La capa ofensiva entrenó a Vergil para usar todo a su disposición como arma: cada centímetro de su cuerpo, cada leve movimiento, cada partícula de energía. Felicia le enseñó a canalizar su poder puro en golpes precisos y devastadores.



"No se trata solo de fuerza", explicó. "Se trata de control. El mejor ataque es el que elimina al enemigo antes de que siquiera perciba el peligro".

Mediante un entrenamiento brutal, Vergil se vio obligado a usar su cuerpo como una extensión de su voluntad, perfeccionando sus movimientos hasta que cada acción se volvió letal. No había lugar para el desperdicio de energía; cada golpe, cada paso, cada respiración debía ser perfecto.

Felicia lo obligó a luchar contra construcciones mágicas de creciente complejidad, cada una diseñada para explotar sus debilidades. Se enfrentó a ataques ilusorios que ponían a prueba sus reflejos, laberintos de energía que confundían sus sentidos y batallas directas contra la propia Felicia, quien, a pesar de ser su madre, lo derrotó sin piedad.



Vergil estaba ahora al borde de algo extraordinario. Felicia no solo quería que fuera fuerte; quería que trascendiera los límites de la existencia misma, fusionando defensa y ataque en una sola entidad fluida e instintiva.

«Lo que estamos creando aquí, Vergil», dijo Felicia una vez, mientras se levantaba del suelo polvoriento, «no es solo un guerrero. Es un arma viviente. Un ser que comprende su propio cuerpo y su poder tan perfectamente que cada movimiento es absoluto».

Vergil la miró con los ojos llenos de determinación. El dolor y el esfuerzo de las últimas semanas solo habían fortalecido su determinación.

"Un arma viviente, ¿eh?", respondió con una sonrisa irónica. "Entonces, cuando terminemos, ¿crees que por fin podré vencerte?"

Felicia rió, un sonido raro y casi cálido. "No sería tan optimista. Pero sin duda me darás mucha competencia".



El entrenamiento continuó sin descanso, y el coliseo parecía una forja viviente, reverberando con los ecos de las explosiones de poder que rasgaban el aire y sacudían las montañas circundantes. Cada golpe, cada onda de energía, era un martillo que caía sobre Vergil, moldeándolo implacablemente en algo que trascendía tanto lo humano como lo demoníaco.

Sin embargo, el límite parecía estar acercándose.

"Uf..." murmuró Vergil, desplomándose sobre el suelo de piedra del coliseo. Estaba exhausto, completamente destrozado. No había descanso ni tregua. Era un trozo de metal en bruto bajo el implacable martillo de Felicia, calentado, golpeado, doblado y enfriado una y otra vez, hasta alcanzar el punto de fusión con su propia esencia.



El cuerpo de Vergil estaba destrozado más allá de lo que cualquier mortal podría soportar. Pero él no era mortal. Como animales que evolucionan para sobrevivir en un entorno implacable, Vergil comenzó a adaptarse instintivamente.

Mientras yacía inmóvil, como si la vida hubiera abandonado su cuerpo, algo cambió.

Toda la sangre que había derramado durante las semanas de entrenamiento comenzó a fluir. Lentamente, pero con una determinación aterradora, la sangre se deslizó por el suelo como si tuviera voluntad propia y regresó al cuerpo de Vergil, reuniéndose con él.

Felicia, que observaba desde arriba, observaba con un brillo de interés en sus ojos.

"Es cierto... Lo olvidé..." murmuró, apretando con más fuerza la empuñadura de la espada que llevaba al hombro. "Olvidé que llevas los cuatro malditos linajes... y, sobre todo, el linaje Baal."



Vio que el cuerpo de Vergil empezaba a latir con energía. Cada fibra, cada célula, parecía estar en un estado de mutación controlada, adaptándose a las condiciones extremas. El aire a su alrededor se volvió denso y vibrante, como si el mundo mismo reaccionara a la transformación.

Entonces sus ojos se abrieron.

La mirada de Vergil ya no era la misma. Era algo más que humano, más que demoníaco. Sus ojos ardían como brasas, irradiando un poder ancestral e incontrolable. Se levantó lentamente, con cada movimiento cargado de una fuerza abrumadora.



"Unas semanas...", comentó Felicia, con una mezcla de orgullo y sorpresa en la voz. "Y tu cuerpo ya es capaz de alcanzar esa forma..."

iiiROOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!

El rugido que emergió de Vergil no era humano. No pertenecía al mundo mortal. Reverberó por el coliseo, haciendo temblar las paredes y lanzando oleadas de energía que destrozaron el suelo a su alrededor. El grito demoníaco era el sonido de la ascensión pura, una declaración al mundo de que Vergil ya no era una criatura común.

Felicia, aunque acostumbrada a situaciones extremas, sintió el impacto del poder que emanaba de Vergil. Entrecerró los ojos para observar mejor su transformación. El cuerpo de Vergil parecía más denso, más fuerte, como si cada músculo hubiera sido esculpido por la energía que fluía a través de él.

Entonces ocurrió algo inusual.

Felicia sintió una oleada de calor que le recorrió el cuerpo. Parpadeó, intentando concentrarse, pero su rostro se sonrojó ligeramente.

"Me mojé..." murmuró para sí misma, un poco avergonzada, mientras su mano instintivamente tocaba su entrepierna por encima de la ropa. Incluso con las capas que llevaba puestas, podía sentir la humedad formándose.

"Estoy tan cachonda...", dijo en voz alta... y miró a Vergil... "¡JAJAJAJAJA! ¡TENÍA RAZÓN! ¡NO PUEDES RESISTIRTE! ¡SER UNA FANÁTICA DE LAS BATALLAS ES MI SER!", gritó Felicia mientras los limitadores de fuerza empezaban a romperse uno a uno.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"¡ASUMIRÁS LA RESPONSABILIDAD!" gritó ella, atacándolo con todas sus fuerzas.

